

Casa Ensamble Chacarrá: la arquitectura como un acto de legitimación del hábitat autoproducido en Latinoamérica

Casa Ensamble Chacarrá: architecture as an act of legitimation of self- practiced habitat in Latin America

DOI: [10.17981/mod.arq.cuc.19.1.2017.07](https://doi.org/10.17981/mod.arq.cuc.19.1.2017.07)

Fecha de recepción: 25/08/2017 Fecha de aceptación: 27/10/2017

Jorge Augusto Noreña¹ 

Ruta4 [Taller de Arquitectura]
archy_161991@hotmail.com

Juliana López Marulanda 

Ruta4 [Taller de Arquitectura]
deleitablenparadoja@gmail.com

Daniel Alejandro Buitrago Orreg 

Ruta4 [Taller de Arquitectura]
ruta4arquitectura@gmail.com

Julián Andrés Vásquez 

Ruta4 [Taller de Arquitectura]
ruta4arquitectura@gmail.com

119

Para citar este artículo:

Noreña, J., López, J., Buitrago, D. y Vásquez, J. (2017). Casa Ensamble Chacarrá: La arquitectura como un acto de legitimación del hábitat autoproducido en Latinoamérica. *MODULO ARQUITECTURA-CUC*, vol. 19, no. 1, pp. 93-130. DOI: [10.17981/mod.arq.cuc.19.1.2017.07](https://doi.org/10.17981/mod.arq.cuc.19.1.2017.07)

Resumen

Hace ya mucho tiempo existe el interés por comprender los lugares con sus diferentes escalas y ecosistemas, con sus generalidades y particularidades. Los territorios son la sumatoria de un cúmulo de contrastes; la superposición de capas de luz, sombras, aromas, texturas y sonidos. En Ruta 4 creemos que cada lugar cuenta una historia y que la arquitectura debe ser una representación simbólica de ello, una correspondencia cultural, material, geográfica, morfológica, histórica y política del lugar y el momento, del espacio y el tiempo, un testimonio de la era en el que se desarrolla el proyecto.

Palabras clave: Arquitectura social, hábitat, Chacarrá, autoconstrucción

Abstract

For many years now, there has been an interest to understand the places and their different scales and ecosystems altogether with their generalities and particularities. The territories are the sum of contrast clusters: the superposition of layers of light, shadows, aromas, textures and sounds. In Ruta 4, we strongly believe that every place tells a story and that architecture should be a symbolic representation of it, i.e., a cultural, material, geographic, morphological, historical and political correspondence of the place and the time, a testimony of the era in which the project is developed.

Keywords: Social architecture, habitat, Chacarrá, self-construction

¹ En Mayo del 2014 tomamos la decisión de unirnos 4 arquitectos jóvenes para crear una ruta con la única claridad de no saber hacia dónde nos llevaría, queríamos hacer y vivir la arquitectura desde el sentir de las personas. Teníamos todo lo necesario para iniciar, unos cuantos trozos de madera para construir la oficina, sillas y muebles donados por amigos y la dosis necesaria de inconformidad para resistir el paso que nos marca el camino, aquí empieza. Ruta 4 taller de arquitectura (Pereira, Colombia). ruta4arquitectura@gmail.com

INTRODUCCIÓN

La transformación de la arquitectura en un toque mágico de la realidad circundante, haciendo de ella poesía, conciencia, cotidianidad y verdad es: “La primera condición del realismo mágico, como su nombre lo indica, es que sea un hecho rigurosamente cierto que, sin embargo, parece fantástico” (García Márquez, 2000).

“Entonces entraron al cuarto de José Arcadio Buendía, lo sacudieron con todas sus fuerzas, le gritaron al oído, les pusieron un espejo frente a las fosas nasales, pero no pudieron despertarlo. Poco después, cuando el carpintero le tomaba las medidas para el ataúd, vieron a través de la ventana que estaba cayendo una llovizna de minúsculas flores amarillas. Cayeron toda la noche sobre el pueblo en una tormenta silenciosa, y cubrieron los techos y atascaron las puertas, y sofocaron a los animales que durmieron a la intemperie. Tantas flores cayeron del cielo, que las calles amanecieron tapizadas de una colcha compacta, y tuvieron que despejarlas con palas y rastrillos para que pudiera pasar el entierro” (García Márquez, 1967, p. 167).

Crecimos en ciudades fragmentadas, divididas por las superficies de las construcciones, pieles y paisajes, somos un pueblo de pueblos, un festín cultural. América del Sur se desfigura, se regenera, y en el proceso encuentra su identidad como un territorio eternamente mutable, orgánico y volátil. Nuestras ciudades han sido víctimas de un colonialismo cultural que nos impone reflexiones, formas, estéticas y técnicas ajenas a las particularidades

impresas en el territorio. América navega vacilante en el reconocimiento de sus orígenes. No podemos construirnos desde una mirada universal desconociendo las lógicas locales, es necesario alejarnos de la condena de Estados sin Nación, de pueblos sin historia y de modernizaciones sin modernidad; hacemos parte de una era global, magníficamente conectada y cada vez más tolerante. Ser global no implica el abandono y el olvido de lo propio, por el contrario, conlleva la generación de un entendimiento colectivo coherente y consiente de lo particular; ahora el todo no es superior que la suma de sus partes, sino que existe como consecuencia de ellas.

Nuestras búsquedas han gravitado entorno a la construcción de una mirada biológica y antropológica de la arquitectura que legitime el hábitat como un escenario para el desarrollo sostenible de la sociedad y el paisaje. Los procesos y proyectos se han convertido en una constante observación e interacción con territorios y seres que se modifican el uno al otro cuando se relacionan; el hombre es tan susceptible a la arquitectura, como la arquitectura al hombre. Desde una perspectiva evolutiva, modificar el entorno obliga a la adaptación y condiciona el desarrollo del ser; no nos interesa hacer una arquitectura contemplativa sino una para ser y estar, habitando y reconociendo el territorio.

Hemos pasado tanto tiempo mirando hacia afuera que al interior continúan cosas sin ser nombradas; que, siendo ilegítimas, no reconocemos nuestras sensaciones en el espacio: el roce de las texturas, la temperatura y el sonido de los materiales,

el transitar del Sol por el Ecuador y sus dibujos sobre la tierra con luz y sombra. Como arquitectos solo somos un vínculo, un puente entre los lugares y su gente, contadores de historias, y esta no es la nuestra, es la de una comunidad en Pereira que le hizo frente al olvido, una que se unió y construyó en conjunto un símbolo de su existencia, una muestra de su carácter y su memoria diversa. La Casa Ensamble Chacarrá es una historia de intercambio de experiencias, conocimientos y trabajo colectivo. No es solo arquitectura, ni pensada solo por arquitectos; es una muestra de Colombia, de América del Sur, una muestra del realismo mágico de los pueblos sureños, que ante la precariedad impregnan la realidad con un poco de fantasía, haciendo de la arquitectura experiencia, motivo y significado.

América Latina, el lugar

Existen dos caminos para mirar hacia América Latina; esos dos caminos se dividen en dos, luego en otros dos, y, a su vez, en dos más, y así continua hasta convertirse en un gran árbol ramificado de infinitas variaciones. Un camino es el que todos conocemos, el de la ciudad planificada y los videos de aerolíneas. El otro camino, es el de la otra América, el de la América diversa, la que evoluciona sola, sin arquitectos, urbanistas, políticos o sociólogos, la que se construye tras los muros de las autopistas, en los campos, en los bosques y en los bordes de las ciudades. El sur contrasta en su economía desigual, sus dialectos extintos, sus pieles y sus

superficies multicolores, su clima gélido y templado. El sur baila y canta revoluciones del Atlántico al Pacífico, de la cuna de los Andes hasta los deshielos de la Patagonia, en sus tierras se cuenta una historia, un eco disuelto en el tiempo, un lenguaje que nos unifica como ciudadanos del sur, hablamos todos un mismo dialecto y es la forma en la que construimos nuestras ciudades. En el hábitat están plasmados nuestros problemas: la pobreza, la precariedad, la desigualdad, la informalidad, la corrupción y, sin embargo, allí en donde las limitaciones se manifiestan es en donde se exponen con mayor esplendor nuestras virtudes. Este proyecto habla de esa América: ¡la autoconstruida, la ilegítima, la irreverente!

Latinoamérica es un reloj de arena: si se mira hacia abajo se encuentran las ciudades creciendo en un suministro constante en la medida en que el compartimiento superior se va quedando vacío; las ciudades se están expandiendo, cada vez hay menos gente en el campo y más en la ciudad, progresivamente nos transformamos en una sociedad exclusivamente urbana y nuestro hábitat se está convirtiendo en un diverso número de texturas, culturas, tramas y edificios que se superponen caóticamente, sin reconocerse ni vincularse. Más del 50 % del continente es autoconstruido, como un reflejo de un sistema político y económico desigual que ataca la diversidad en lugar de reconocerla como su mayor potencialidad. La ciudad autoproducida es tan inherente a Latinoamérica como el fútbol y el baile, sin embargo, continuamos sin reconocerla, estudiarla o intervenirla como una parte importante del paisaje urbano.

Colombia, el sujeto

Colombia continental se divide en cinco, y luego en cinco más, y así continua en un camino irreversible a la diversidad. El camino inicia sobre el nivel del mar, en la región Pacífica frente al poniente, habitada de extremo a extremo por afrodescendientes: es la Colombia africana, un recuerdo del siglo XVI, el testimonio de los galeones españoles y británicos que circunnavegaron entre cadenas, tierra de oro y pobreza, entre agua dulce y salada, la franja más lluviosa del planeta, infinitamente biodiversa e infinitamente explotada; y de allí hacia el Atlántico, la región Caribe, la más septentrional del país, que bien podría ser otra Colombia, la cuna de Gabriel García Márquez y sus Cien Años de Soledad, puerto de piratas, tierra de folclor, de ron, desiertos y música de acordeón, hogar de costeños y de la sierra litoral más alta sobre el planeta.

En descenso al corazón espeso de América, lejos de la influencia de los océanos, en el extremo meridional del país emerge casi imperturbable la región más vasta de Colombia, la Amazonía: una nación habitada por ríos, llanuras, malocas y piedemontes, hogar de la ayahuasca, del jaguar, de dialectos y tribus indígenas, es la zona menos poblada del país y, sin embargo, la que más vida alberga. Sobre el nacimiento en la frontera con Venezuela: la Orinoquía, una interminable llanura de cielo naranja y horizonte infinito con olor a petróleo y sonido de arpas, es la tierra de los vaqueros colombianos, un lugar con

más ganado que personas y en donde los ríos tienen siete colores. Finalmente, una región que bien podría dividirse en seis: paisa, santandereano, cundiboyacense, vallecaucano, opita y pastuso, los Andes, la gran cordillera sureña, la cadena montañosa más alta de América y la más larga sobre la tierra. Nace en Colombia y se extiende por el sur hasta naufragar en el océano glacial Antártico, es la zona económicamente más activa del país, la que alberga las grandes capitales y el principal escenario de uno de los fenómenos que más ha diversificado las ciudades colombianas: el desplazamiento.

Una centena de dialectos, 80 lenguas vivas y 20 extintas, 102 pueblos indígenas, más de cincuenta géneros musicales, siete pisos térmicos y tantas costumbres tradicionales diferentes como quepan en la fértil tierra de las Américas. Colombia es herencia de africanos, indígenas y españoles, con climas, culturas, ecosistemas, economías, etnias y religiones diferentes, somos una cultura de culturas, históricamente desarrolladas independientes, inalteradas hasta el estallido de la guerra, aquel día comenzó la larga historia del desplazamiento en Colombia. Aquel día comenzó la historia del Plumón y de la Casa Ensemble Chacarrá.

Guerra, el motivo

La llamaron la Guerra de los Mil Días, desde aquel entonces han pasado 36.500 días y aún vivimos los remanentes de una guerra que se ha heredado de genera-

ción en generación, de una guerra que se volvió genética, que se transmitió en la sangre y, peor aún, de una guerra que se volvió costumbre. Desde el nacimiento de las guerrillas han sido 50 años, 6,9 millones de desplazados, los nombres de la guerra han cambiado, los colores y los motivos también, lo único constante han sido las víctimas, lo único natural ha sido lo antinatural.

Las llanuras, los bosques, los campos, el Pacífico y el Caribe se convirtieron en zonas de enfrentamientos, de explotación y de cultivos ilícitos, quien vivía de la tierra o del mar tuvo que decidir entre la guerra y el desplazamiento. El conflicto y la modernidad aceleraron la migración a las ciudades, con el aumento de población llegó el déficit de vivienda y con el déficit de vivienda llegó la autoconstrucción. Las ciudades de Colombia se convirtieron en escenarios multiculturales, y, de repente, mundos muy grandes tuvieron que convivir en uno muy pequeño. La autoconstrucción se vinculó con la diversidad, la diversidad se vinculó con la guerra y la guerra con la violencia; este fenómeno dividió las ciudades, no solo morfológicamente, también las dividió socialmente. La ciudad comenzó a tener dos caras: informal o planificada, segura o peligrosa, blanco o negro, blanco o indígena, próspera o decadente, y en esta división, la arquitectura se volvió un beneficio exclusivo de la ciudad planificada.

En el proceso surgieron muchas historias que siguen sin contarse, muchas heridas que siguen sin sanar, muchas ciudades dentro de ciudades y muchas

comunidades que siguen sin ser reconocidas o aceptadas como parte de un hábitat compartido, de un país y de una historia común; una historia más grande que nosotros, una que trasciende la guerra, una que narra los relatos de dos océanos, de montañas y llanuras, una en la que resuena música de arpas y de acordeón, de costeños e indígenas, de vaqueros y afros, una historia en la que la fortuna y la abundancia son inseparables de la diversidad.

Cada día en Colombia hay más vidas truncadas, nuevos huérfanos, nuevos horrores, nuevas soledades. En este mismo instante hay en Colombia petróleo crudo tiñendo la vida del color de la muerte. Hay bosques ardiendo. Hay niños que tiemblan cuando ladran los perros. Hay una orgía incontenible de violencia y de muerte. Pero también, en este mismo instante, hay esperanza, hay deseo, hay voluntad de paz, hay confianza. Hay vida, el reto es defenderla, facilitarla, compartirla, mejorarla. El reto es que nuestros hijos hereden nuestras esperanzas, no nuestros horrores (Wilches-Chaux, 1991).

El Plumón, la situación

El Plumón nació cuando la región del Pacífico se volvió violenta, alimentado por las migraciones de los años ochenta; surgió silencioso, escondido a plena vista, entre avenidas y puentes en el corazón de Pereira, una de las principales ciudades del país. Un lugar construido como un mosaico de texturas agrietadas y casas fragmentadas, divididas en láminas oxidadas de zinc, parales inclinados de bambú y pieles

decoloradas de madera, pero, ante todo, un lugar de sonrisas y resistencias maximizadas. El Plumón era una muestra de Colombia, de su diversidad, su pluriculturalidad, su estética, pero, sobre todo, de su desigualdad; una población conformada en un 90 % por desplazados del conflicto armado. Familias del Pacífico, del Atlántico, de los Andes y de la Amazonía. Un barrio de diferentes sentires y acentos, de orígenes y habitares apuestos, separado por dos enormes e invisibles barreras: la primera, las avenidas que lo rodean, escondiéndolo de la ciudad; y la segunda, la más grande, la interior que los divide por etnia e ideología, esto es, de un costado, los indígenas y mestizos, en el otro, los afrodescendientes, y en el centro, la cancha de fútbol, el corazón y la muralla del barrio.

124

DISCUSIÓN

Desde su conformación, El Plumón ha tenido que lidiar con mucho más que sus problemas de convivencia; han sido víctimas del abandono estatal y de diversos actores violentos: bandas criminales, mafias de venta de predios, distribución y consumo de droga, violencia doméstica y delincuencia común. Un conjunto de síntomas que nos muestra un territorio enfermo de indiferencia, pero también colmado de oportunidades.

Sin reconocimiento, sin convivencia, sin colectividad y sin gobierno no existe lo común, no existen escuelas, escenarios culturales o centros comunitarios; lo público son las calles maltrechas y los



Figura 1. Fotografía aérea de El Plumón

Fuente: Ruta 4 Taller de Arquitectura.

rincones oscuros. En El Plumón viven 600 personas, pero sintetizan la realidad de los 110.000.000 de personas que viven en la informalidad en América del Sur: carentes de espacio público, de arquitectura y de los beneficios de una ciudad inclusiva.

La arquitectura se está democratizando, aunque a pasos silenciosos. Las comunidades, los ciudadanos, algunos gobiernos ejemplares y ONG están convirtiendo la arquitectura en una realidad al alcance de todos, en un instrumento unificador y pedagógico, en un testimonio construido desde la diversidad cultural, material y territorial de un planeta absolutamente heterogéneo.



Figura 2. Comunidad El Plumón.

Fuente: Ruta 4 Taller de Arquitectura.



Fig. 3. Lenguaje: El Plumón.

Fuente: Ruta 4 Taller de Arquitectura

Al Plumón llegamos, en el 2015, un grupo de artistas, profesores, arquitectos, ambientalistas, comunicadores, e incluso, un chef; el primer año era para conocernos y entendernos, juntar dinero, experiencias e información. El proyecto tenía que ser pedagógico, reconocer la memoria en un lugar de muchos lugares y orígenes, pero principalmente debía ser una herramienta de resiliencia, de ayudar a sanar e integrar un territorio dividido y victimizado por la guerra. Los meses transcurrieron entre muestras comunitarias de teatro, danza, gastronomía, fotografía y cualquier actividad que les permitiera reconocerse.

Todo sucedía en las calles: jornadas de salud, celebraciones, teatro, bailes y reuniones comunitarias. La arquitectura en territorios de escasez tiene muchas caras, muchos usos, tiende a convertirse en polivalente, transformable, adaptativa y polifuncional; aquí, un espacio cultural no podía ser solo un espacio cultural, ni una iglesia ser solo una iglesia, necesitaban un símbolo, uno que pudiesen habitar, que hablara de su origen y su presente, de Colombia y de América, un símbolo que hablara de la ciudad auto-producida, de sus sentires, lenguajes y oportunidades.

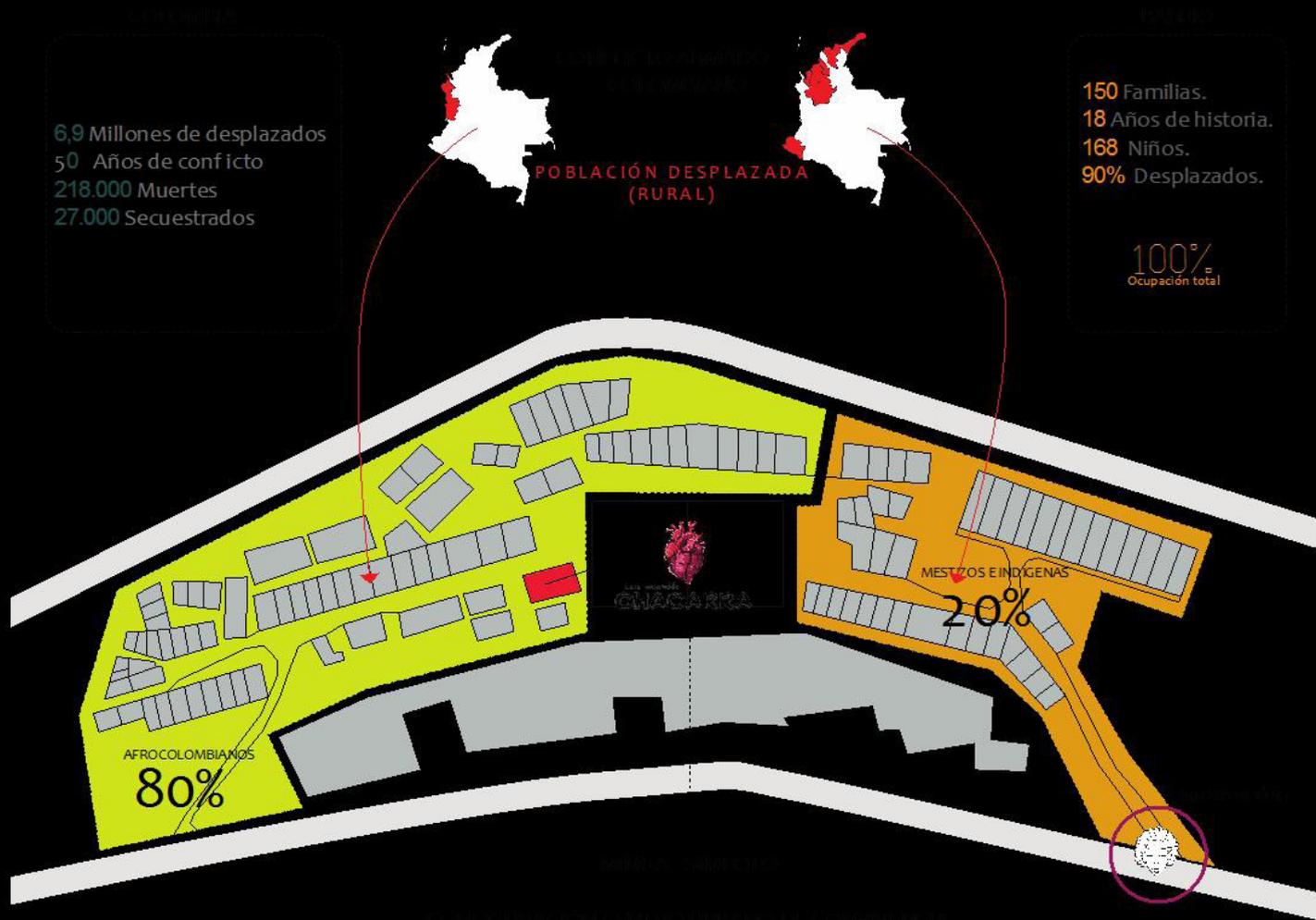


Fig. 4. Distribución de población: El Plumón.

Fuente: Ruta 4 Taller De Arquitectura

Chacarrá, el resultado

La construcción del proyecto inició en una tarde de diciembre del 2015 con la demolición de una cubierta en ruinas. Chacarrá tardó cuatro meses y costó 5000 dólares; había nacido como una aspiración esencialmente colectiva y así se construyó, desde la concepción del proyecto hasta la instalación de la última lámpara se realizó con participación comunitaria: mano de obra local, saberes propios y materiales del entorno característicos por ser con los que históricamente han construido las viviendas en los barrios informales de Colombia, estos son, bambú, madera

y teja de zinc, materiales comúnmente asociados a la precariedad y a la escasez. Esta era una perspectiva que nos interesaba modificar poniendo en evidencia que la escasez no está asociada con un material, sino a la forma en que se usa, y, si la obra buscaba ser pedagógica, era necesaria la participación comunitaria, transmitir un conocimiento técnico en el uso de los materiales y fomentar la construcción colectiva, la convivencia y la disolución de las barreras internas de discriminación. El proyecto se construyó en la mitad

Fig. 5. Casa Ensamble Chacarrá.

▼ Fuente: Ruta 4 Taller de Arquitectura.



del barrio, donde existía una muralla, se construyó un puente que los conectara, albergara y unificara como miembros de un hábitat común.

Sabemos, y lo sabemos simplemente al sentirlo, los hijos del mestizaje entre pueblos europeos, africanos e indígenas tienen un pacto, un vínculo o, más bien, un romance con la tierra y la música, con la corporalidad y la espiritualidad. Sabemos que la libertad se reduce a la capacidad de poder acceder a las más puras manifestaciones del espíritu humano, entonces, ¿por qué darle fractales a quien respira música? o ¿por qué hablar cuando podríamos jugar fútbol? En un mundo que es hostigador de toda diferencia, quisimos construir un espacio que existiera gracias a ella; Casa Ensamble Chacarrá es un lugar para la cultura y la diversidad que encuentra su nombre en una palma de la región Pacífica, que encuentra su nombre en la voz de Gonzalo Rentería, líder comunitario, quien desesperado utiliza como último recurso un bellissimo relato para convencer a un grupo de niños decididos en que el espacio se llame “bunde”, como un baile típico de la región. “Goma”, como lo llaman en el barrio, no lucía ansioso y enérgico, como lo hacía regularmente, de hecho, tenía una inusual actitud de seguridad y tranquilidad:

Goma: “Niños, ¡silencio!, ¡silencio!... ¡Que silencio, carajo! ... Escuchen; en el Pacífico, en lugares muy pantanosos crece una palma, la palma Chacarrá... ¿pero saben qué necesita para crecer? ... Necesita lo mismo que nosotros, estar junto a otras raíces, Chacarrá no crece sola y nosotros tampoco.

Chacarrá se construyó con anclajes simples, procesos sistemáticos y mano de obra comunitaria, tripodes de bambú cimentados sobre barriles de petróleo reciclados y cerramiento cruzado en lámina de bambú; es un único espacio proyectado hacia el exterior, alto, ventilado y abierto en los costados para los eventos de gran asistencia; es un edificio simple, de comunidad, pensado desde el territorio para ser habitado y sentido como propio, dándole nombre al anonimato; es una muestra de existencia para quienes no reconocen en estos barrios una parte del pasado, presente y futuro de las ciudades.

El ser, la conclusión

Han pasado dos años desde su construcción, lo han cerrado, lo han abierto, lo han pintado y se ha modificado, ha sido escenario de bailes, reuniones, funerales, protestas, clases, recitales y festividades; el habitar nunca ha sido un elemento estático, evoluciona y nosotros con él. La política, la economía, el clima, la cultura siempre cambiante y volátil, la religión y los conflictos tienen afectaciones diarias sobre nuestro hábitat. América Latina es un territorio en construcción, en movimiento y la arquitectura no debe dar soluciones permanentes a problemas temporales, es necesario dudar de lo que hacemos, reconocer nuestra naturaleza proyectada en las ciudades que construimos, pues no son otra cosa más que nuestro reflejo, y nosotros un reflejo de ellas. Al pensar y construir las ciudades del futuro estamos moldeando al hombre



▲ **Fig. 6. Casa Ensamble Chacarrá.**

Fuente: Ruta 4 Taller de Arquitectura.

que las habitará, cada vez que modifiquemos el territorio nos modificamos como sociedad. En Colombia vemos cómo un plan de vivienda aumenta el crimen, cómo una infraestructura de transporte disminuye la calidad de vida y empeora la movilidad, y cómo la carencia de infraestructura educativa, deportiva y cultural nos aleja las oportunidades de tener una vida digna. Quizás es tiempo de emplear soluciones locales a problemas locales y de entendernos desde nuestra particularidad como parte de un ecosistema complejo, diverso y cambiante.

REFERENCIAS

- García Márquez, G. (1967). *Cien Años de Soledad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- García Márquez, G. (2000). Las mejores frases de Gabriel García Márquez-Prensa Libre. *Reforma*. México, D.F.
- Wilches-Chaux, G. (1991). 21 frases sobre la guerra. (Popayán, febrero 4 de 1991). *El frente*. Recuperado de <http://www.elfrente.com.co/web/index.php?ecsmodule=frmstasection&ida=55&idb=102&idc=6813>

**Fig. 7. Casa
Ensamble
Chacarrá.**

Fuente: Ruta 4 Taller de
Arquitectura.

